

D 16 3 1 517 3 1 1 3 10 00 12 15 375 0000

Esencia y atributo

El 25 de julio, al querer apretar la letra A, advertí en el meique de mi mano izquierda una tenue vefruga. El 27 me pareció considerablemente mayor. Era de agosto, la hora, con ayuda de una lupa, discernir su forma. Era una suerte de diminuto elefante: el elefante más pequeño del mundo, sí, pero un elefante cabal hasta en su infimo rasgo. Estaba adherido a mi dedo por la extremidad de su colita. Así, prisionero de mi meique, gozaba, sin embargo, de libertad de movimientos, salvo que su traslación dependía por completo de mi voluntad.

Con orgullo, con temor, con dudas, lo exhibí ante mis amigos. Sintieron asco, dijeron que no podía ser bueno tener un elefante en el meique, me aconsejaron consultar a un dermatólogo. Desprecié sus palabras, no consulté a nadie, rompí relaciones con ellos, me dediqué por entero a estudiar la evolución del elefante.

Hacia fines de agosto ya era un lindo elefantito gris de la longitud de mi meique, aunque bastante más voluminoso. Yo jugaba todo el día con él. A veces me complacía en fastidiarlo. En hacerle cosquillas, en enseñarle a dar volteretas y a saltar mínimos obstáculos: una cojita de fósforos, un sacapuntas, una goma de borrar.

En esa época me pareció oportuno bautizarlo. Pensé en varios nombres tantos y, en apariencia, tradicionalmente dignos de un elefante: Dumbo, Jumbo, Yumbo... Por último, ascécticamente, preferí llamarlo Elefante, a secas.

Me encantaba alimentar a Elefante. Yo diseminaba sobre la mesa migas de pan, hojas de lechuga, trocitos de césped. Y, allá lejos, en un borde, un pedacito de chocolate. Elefante, entonces, pugnaba por llegar a su solitaria. Pero, al yo poner firme la mano, Elefante jamás podría alcanzarla. De este modo, yo sufría que Elefante no era más que una pueria — y la más débil — de mi familia.

Poco tiempo después —digamos, cuando Elefante había adquirido el tamaño de una rata— ya no pude gobernarlo con tanta facilidad. Mi meique era demasiado flaco para resistir sus empujes.

En ese entonces ya aún conservaba la idea errónea de que el fenómeno sólo consistía en el crecimiento de Elefante. Me desengañé cuando Elefante fue tan grande como un cordero: ese día también yo fui tan grande como un cordero.

Esa noche —y algunas más todavía— yo dormí boca abajo, con la mano izquierda fuera de la cama: en el suelo, a mi lado, dormía Elefante. Después debí dormir —boca abajo, mi cabeza en su grupa, mis pies en su lomo— sobre Elefante. Così en seguida me resultó suficiente un fragmento de su anco. Después, la cola. Después, la puntita de la cola, donde yo sólo era una pequeña verruga del todo imperceptible.

Entonces temí desaparecer, dejar de ser yo, ser un mero milimetró de la cola de Elefante. Luego perdí ese miedo, recobré el apetito. Aprendí a alimentarme con perdidas migas, con granos de alpiste, con briznas de pasto, con insectos casi microscópicos.

Claro que eso era antes. Ahora he vuelto a ocupar un espacio más digno en la cola de Elefante. Es cierto que aún soy aleatorio. Pero ya puedo apoderarme de galletitas enteras y contemplar —invisible, inapagable— a los visitantes del Jardín Zoológico.

A esta altura del proceso soy muy optimista. Sé que he comenzado la reducción de Elefante. Por eso, me inspiran un anticipado sentimiento de superioridad los despreocupados paseantes que nos tiran galletitas creyendo sólo en el obvio Elefante que tienen ante sí, sin sospechar que él no es más que un atributo futuro de la latente esencia que aún acecha agazapada.



Fernando Sorrentino

Para "El Litoral"

BOCALES

En torno a Fryda Schultz de Mantovani

Años de morir, Fryda Schultz de Mantovani fue entrevistada por Raúl Vargas, periodista y profesor argentino, por diversas circunstancias, dicha entrevista no pudo ser publicada. He aquí en este año la ayuda dada a conocer. Dada la estrecha vinculación que ha tenido con nuestra provincia esta distinguida escritora, transcribimos los términos de ese encuentro.

La literatura oral —dice— me marcó desde el principio. Y la invención sobre la realidad, más allá de lo real, me fascinó. Creo que era el clima en que me surgió mi pasión por su vida. Mi padre, con mucho humor y amor por su única hija mujer, en paseos por un jardín que él poblaban de seres imaginables, malos y buenos, denunciados por los gritos de los peques o la coartada de los boleros que a veces traían corales y calabazas.

Ma ocupado cargó de responsabilidad en la educación argentina. A su lado recorrió y vivió largos meses en algunos países —americanos— de conferencias, escrituras y publicaba libros, siempre acompañada por su esposo, pero sosteniendo su independencia de juicio.

Entrando al campo del amor, debo destacar que he sentido amor, con los diferentes calificativos, por algunos hombres en mi vida. En la aceptación plena de la palabra, ya queda dicho, por el que fue mi marido. De mis dos hermanas varones, distintos como el día y la noche, no supe nunca a cuál quise más una ocupé mi infancia y el otro me acompañó hasta la vida adulta. El amor por mi padre tuvo otro casto. En una identidad de alucinación, mi padre me hablaba de países lejanos, de cosas y de gentes que ocupaban su monotonía de su infancia, pedida, al fin, después de recorrer el mundo con una libreta de apuntes. Yo sentía, desde temprano, que alguna vez tendría que volver a él.

En cuanto a la influencia que ha ejercido otros escritores sobre mi obra, me gustaría decir que los escritores honrados reconocen a sus progenitores. El momento —claro está— en el que me he encontrado, por lo menos en primera instancia, fue con George Orwell, al que yo conocí en la escuela. Conoció a mi abuelo, George Christiano.



Kierkegaard, de origen danés, Rimbaud, francés y José Martí, cubano. La pederastia nació de Oshes, cuando nació Andersen, quería que fuese la mía, de la que pueden surgir por los cambios o por las ventanas "La Reina de las Nieves", la "Camelia del Emperador" o "Las Cigüeñas". Por eso en mis juegos y edificaciones infantiles me encantaba el final de la vida. Julio Verne, Salgari, los cuentos fantásticos de Hoffmann y hasta "Zola" de R. Rüdiger. Después, fueron mis lecturas. A los doce años leí "El Quijote" y el teatro del siglo de oro, que me acostumbró al dolo para la medida y el ritmo.

Con respecto al teatro, expresa que desde niño le fascinaba la libertad de ver zarzuelas, comedias, sainetes. Queda su debilidad a una tensión afectiva que caracterizó el mundo cerrado de su infancia y primera adolescencia, la seducción que no produjo a una de las novelas de amor, muchas convencionales: "El niño en la cuna de la muerte", del chileno Eduardo Barrios. Si uno se toma el trabajo de tocar el timbre de cada puerta ahora mismo, descubrirá por así decirlo, la huella de cada persona que ha pasado por allí. En la infancia, la adolescencia, la juventud, la vejez, la muerte.

En esta pasión que siempre o roblaba a otros. Por ejemplo, basta leer atentamente lo que dejó escrito por Juan Luis de la Cruz: revela una personalidad que aparece en mucha gente a las mujeres de su estado y condición en la América colonial e indígena, como a la sociedad entera. Quizá el demonio de la contradicción, que alguna vez dijo parecía presidir el hombre varío y constante de esa mente mexicana también había gobernado sus inclinaciones y preferencias en literatura.

Algunas de mis lecturas se llamaron la Justicia, de Fabian, Nora y Hilda Gabbler, de Hilda. No sé si Oron Welles se refirió a paradójicas semejanzas cuando aseguró que "el teatro es una gran fiesta de muestra épica". Y así entendí que el teatro griego, quizás no resulta del todo extraño en nuestra época de tanta elevesia y comedia de dolores contra el hombre. Por antiguo y reciente, el teatro no estará nunca fuera de época porque el cine tenga otros recursos.

Imagen de la alegoría

hoy es demasiado tarde para morir ya los violines salieron a copar los puentes y el río está húmedo de desechos

hoy es una palabra maravillosa que se enreda en el aire y empuja faunos hacia el territorio de las rosas doradas

hoy es esta vana por donde miramos cómo se teje el infinito y es el tiempo con las piernas rotas y esa campana que redobla en las fronteras de tu vestido

nadie ni siquiera la tormenta nos dejará sin la sonrisa

y cada cosa ocupará el lugar del olvido de la manera más cruel desde la sombra más íntima

porque hoy todo ha sido ocupado violado y reventado con el poder de tus ojos y el soplo inamovible de tu palabra porque hoy alguien dijo mi nombre lo embelleció con tres pelomas frescos y después lo escudo como si fuera una gota de agua floreada

hoy dan ganas de replantar de mirarse niño en el espejo de tu inocencia

Roberto Díaz